

Nunca somos nosotras

He decidido no darle demasiadas vueltas a la vida. Sé que está casado y me atrevería a asegurar que no siempre es sincero conmigo. Quien sabe si de todas las cosas que me cuenta de su mujer haya alguna cierta. Ni siquiera sé si me interesa saberlo, en serio.

Yo estoy feliz el rato que me sirve estarlo. Tengo mi espacio y me dedico a vivir la vida que siempre quise: viajar y hacer yoga. De momento no necesito más.

Aun así, no puedo evitar sentir una puñalada cada vez que la veo. Yo no engaño a nadie, no tengo compromiso. No lo digo tanto por mí, me da pena ella, una mujer ultrajada por un marido que no la merece.

En realidad, no importa si lo que me cuenta de ella es o no cierto, nadie le obliga a seguir casado. Sin embargo, ella está viviendo en un mundo gobernado por la ignorancia. No es justo.

Así que, llegados a este punto, procuro apartar mi vista y seguir con lo mío. No se trata de que cada palo aguante su vela, que sí, está claro, pero mira, ni siquiera sospechar, considerar o mirar a una relación que no se sostiene, me parece que es tarea de quien

lo vive.

Esto no es una justificación. Ojalá esos ojos vivaces, tiernos y acompañados de ese cuerpazo divino no hubieran llegado a conquistar mis delirios, pero lo han hecho y...yo no tengo que dar explicaciones a nadie.

Joder, cada vez que lo digo, me lo creo un poco menos. No sé si tendría o no que dar razones, pero me paso el día justificando al detalle cada decisión tomada en esta relación tan enrevesada.

Me encantaría confiar en Damián, en serio. Ser capaz de poner la mano en el fuego y saber que jamás me quemaría. Tal vez sea eso y no la verdad lo que realmente me reconforta, querer creer. ¿No va de eso la vida? No sé, lo mismo va de otra cosa.

Ahora, una cosa te digo, no voy a caer en desacreditar a quien solo conozco de vista y de oídas. Mucho menos incluso si esos rumores vienen de quien habla de ella de forma interesada.

Vete tu a saber por qué mantiene una relación de infidelidad con una mujer de la que sé más de lo que me gustaría.

Rebuscar la manera de engañar y vivir dos vidas paralelas en un

mundo oscuro y quebrado, me parece una forma muy inestable de pasar el tiempo.

Encima hoy me han dado la mala noticia de tener que despedirme de un espacio demasiado valioso para mí, un lugar sagrado. Sé que te vas a reír en cuanto te lo cuente.

Sí, porque en realidad, qué tontería. ¿Sagrado? De dónde saca esta chica estas bobadas.

Ahí está mi cabecita, siempre igual, con esa mente inquieta desvalorizando lo importante, lo que sostiene. La costumbre de menospreciar todo cuanto no suma en la cuenta corriente.

Esto es así, voy a tener que alejarme de mi centro de paz por no sé que mierdas de averías del edificio. Un despropósito. Dos meses. Que voy a hacer yo dos meses sin ese ritmo apacible, sin ese lugar donde todo se vive sin prisas.

Me dan ganas de llorar. No puedo hacer nada, aceptarlo y ayudar.

Llevo años yendo a las clases de Olivia. ¡Qué mujer! Es una profesora de yoga, por decirlo de alguna manera, porque para mí

ella es una Diosa.

Su voz me arrulla y me recoge en un sentimiento de valor y amor incondicional. Se nota que no tiene prisa, que su tiempo ahí es más un disfrute que una obligación.

Corrige con delicadeza y escucha como si no hubiera nadie más en el mundo para ella. Esto último me conquistó absolutamente. Me siento vista, importante. Como una se debería sentir cada segundo en esta vida. Me encanta.

La cosa es que esta mujer se acaba de jubilar, le ha pasado el testigo a Daniela, a la cual adoro por cierto, y pum avería en el edificio. ¡Qué!

Mi primera inquietud fue pensar en como iba a sostenerse un negocio de este calado en un pueblito como el mío, sin ingresos y sin clientes.

Me puse a temblar. Tenía que organizar algo, convencer a la gente. Buscar dinero de donde fuera. Ese lugar sacrosanto no puede cerrarse para siempre. Eso sería demasiado catastrófico para mí.

Lo sorprendente fue darme cuenta de que no era solo yo la que había pensado en todo esto. Por lo visto, liderado por su predecesora, se había iniciado un crowdfunding para financiar este desbarajuste. Total que para cuando yo llegué, pagar y listo. Ya lo teníamos.

Habían organizado incluso una fiesta sorpresa para ella.

Sabíamos que estaba devastada. Es un aventurera, lista, guapa y con un bagaje emocional de los que amortiguan futuras caídas.

Afortunadamente, por verle algo bueno a todo este desatino, he de reconocer que voy a andar algo atareada con el trabajo.

Esto que te voy a decir te va a sorprender. En parte porque no sabes a lo que me dedico. Y en realidad, ahí está la clave de todo.

Vamos a empezar por el principio. Me dedico al mundo de la aviación. ¡Vaya cara que se te ha quedado! Pero tranquila que es algo más relajado de lo que suena: soy azafata.

Relajada, en fin, según el día, la tarea y los clientes.

En mi equipo hay mucho batiburrillo. Mujeres que no se coscan, hombres que no se atreven, amigas desleales y bueno, yo. Una

Musa.

¡Cuánta soberbia! Espera, no juzgues. ¿Por qué digo eso? Porque he aprendido a posicionarme como un reina. Estoy al tanto de las necesidades de todos mis colegas, hombres y mujeres. Me conozco al dedillo los entresijos de sus vidas amorosas, de los líos familiares y hasta de los rencorcillos guardados en cajitas negras como las de los aviones, dentro, demasiado dentro de sus corazones.

Lo peor de todo es que una de esas compañeras es la mujer de mi galán, así que tengo que verla cada día, en cada servicio.

No se si será el destino o la mala suerte, pero en cada programación en la que me incluyen, ahí está ella, con esa cara de no saber toda la mierda que tiene en casa.

En fin. Una de cal y una de arena. No es que las dos seamos amigas, pero es maja. Es noble, bondadosa y se esfuerza mucho por mantener un equilibrio entre la esfera personal y laboral. Aunque francamente con ese señor con el que tiene que lidiar, lo tiene complicado.

He dicho que ella se esfuerza. Amiga, si la otra parte no aporta,

no hay nada que hacer.

Estos dos meses van a dar mucho que hablar. Lo sé porque entre las novedades, hay un muchacho algo desesperado por enamorar a la mujer de mi amante.

Se le ve que está que no vive. El tío es guapo, más incluso que su adúltero marido. Solo tiene ojos para ella.

Eso sí, se lo va a tener que currar, porque ella no está para ver nada. Vive cual Diosa de la justicia, con una venda en los ojos impartiendo una justicia que no acaba de llegar, mientras recibe traiciones y mentiras disfrazadas de culpa.

Se la nota alicaída, como intentando entender como llegó hasta ahí. Y no me extraña. Yo me pregunto lo mismo cada día.

¿Quieres saber como conocí a Damián?

Por más extraño que te parezca, fue en el aeropuerto. Seguramente venía de despedirse de su mujer. Es una elucubración, como casi todo en nuestra opaca relación, pero no creo que diste demasiado de la realidad.

Imagino que no le bastaría con ella. No llevaba mala cara. Quiero

decir, no parecía venir de una discusión acalorada o de pasar un mal rato. No. La verdad es que estaba guapísimo.

Si cierro los ojos aun puedo ver aquella sonrisa iluminando todo el aeropuerto. Me debí de quedar con cara de tonta porque una de mis compañeras me alertó de que aquel bombón ya tenía etiqueta.

¡Qué pena! Pensé, y mírame tú. Dos años han pasado, cual dos segundos, y ahí sigue él, yendo a despedirse de su mujer mientras dedica su tiempo libre a devorar mi cuerpo cual devoto fascinado.

Hoy he quedado con él.

Es un día especial por varias cosas. La primera la que ya te había comentado: es el último día en mi amado y querido centro de yoga. Tengo una despedida importante a la que acudir. Siento la necesidad de hacerle saber a Daniela cuánto la voy a echar de menos.

Y segundo, emprendo un nuevo servicio aéreo a Madeira, con mi amiga la señora cornuda y su enamorado.

Y no te lo pierdas porque intuyo que su querida amiga, la otra, la innegociable, bebe las aguas por quien suspira por ella. Un follón. A saber como termina todo.

Voy a acabar de ducharme para comer con mi amante. Hemos quedado en un hotel de los que te dejan sin aliento.

A ver, el tío se lo curra, le falla la otra parte. Una importante sin duda.

De camino al restaurante, con mi mochila con ruedines, me cruzo con ella. Tiene porte la tía. Nos sonreímos y seguimos nuestros caminos sin saber demasiado bien como el destino tiene preparado su desenlace.

En la mesa del comedor lo encuentro cabizbajo, revisando correos y mensajes varios.

Seguramente esté chateando con su mujer. Es lo propio antes de acostarte con tu amante.

De repente me paro en seco frente a él. No me ha visto. Está demasiado ocupado en una vida en la que yo no encajo, por más que intente hacerlo.

Un camarero me observa mientras tres mundos corren en paralelo.

- Buenas tardes señora – me dice muy amablemente-, ¿puedo acompañarla a su mesa?
- No – entonces le miro y veo unos ojos jóvenes y llenos de ilusión, una sonrisa amable y sincera-. Creo que me he equivocado.
- De acuerdo – me responde -, entonces le acompañaré a la puerta – saca un papel del bolsillo y tras garabatear unos números me lo da mientras me dice -, si algún día sientes que estás en tu sitio, este es mi número.

No supe que decir. Solo lo miraba. Parecía sincero. ¿Sería otro casado intentando huir de una vida aburrida?

- Perdona – me dijo al ver mi rostro desencajado - , no quería ser grosero contigo – tomó una inhalación profunda y casi sin complejo ni temor me dijo – me he fijado en ti porque no había visto en la vida una mujer tan espectacular como tú y no quería perder la oportunidad de volverte a ver.

Sonreí. Había merecido la pena llegar hasta ahí. Le acaricié el hombro, tomé su tarjeta y con sumo cuidado tecleé los números en mi móvil. Su teléfono estaba sonando. Él me devolvió la sonrisa.

- Me voy del país por cuestiones de trabajo, al menos unos días – en ese momento Damián se percató de mi presencia. Tarde amigo. Demasiado tarde -. Espero tu llamada.
- Dalo por hecho – alargó su mano para despedirse de mí y me dijo – encanto de conocerte...
- Ah sí perdona – me di cuenta de que no nos habíamos presentado-. Me llamo Sandra. ¿ Y tú?
- Gabriel – se acercó a darme dos besos y supe que no serían los últimos.

Me di la vuelta y sin mediar palabra volví sobre mis pasos. Cual fue mi sorpresa cuando al llegar a la salida me encontré de bruces una vez más con quien fuera la otra, o tal vez la primera, en una relación de a tres que no tenía futuro. No al menos para mí.

Ella lo vio y se le iluminaron los ojos. Entró y fue directo hacia él. Ahí todo tomó sentido. Gabriel entendió, Damián agradeció y yo me liberé.

Poco después tras salir de mi apartamento, tras una ducha y una comida en soledad, estaba de camino al aeropuerto. Ahí recibí dos mensajes en mi smartphone. Uno era de Damián y otro de mi recién conocido Gabriel.

El segundo me pedía disculpas por el mal hacer de un hombre desleal. Aquello me pareció magnético:

*Me alegro de tu decisión. Tú vales más que lo poco que te puede
ofrecer un hombre de esa calaña. Disfruta de tu tiempo fuera.
Espero verte pronto. Un abrazo, Gabriel.*

Reconozco que no podría haberme llegado en mejor momento.

Y el primero, el cual no abrí hasta bien entrada la noche, el que era de Damián, apestaba a excusa barata. O eso creí yo antes de leerlo. Pero como me picaba la curiosidad decidí hacerlo.

Te imaginas que dijera algo así como *Gracias por haberte ido, sino mi mujer nos habría pillado y fíjate tú que lio*. Cualquier cosa me

parece medio razonable llegados a este punto. Vaya caradura.

Doce de la noche, me había bebido hasta el agua de los floreros.

Abro el mensaje y me encuentro este despropósito. Claramente el mensaje no era para mí:

Amor, ojalá todas las mañanas hubieran sido como la de hoy.

Te echaré de menos. Sé que nos hemos dado un tiempo, pero te esperaré, porque no tengo ojos para nadie sino para ti.

Damián.

Me dio pena el cucharacho, así que le contesté:

Me parece que te has equivocado de número. Tú y yo esta mañana no nos hemos visto. Mira a ver si lo puedes arreglar amigo y borra mi número. No me interesas. Buena suerte.

Levanté la vista y ahí, frente a mí, estaba el detonante de una traca final . Ella salía de otra habitación. Iba leyendo algún mensaje en su móvil. Se paró en seco frente a mí. Lo entendió todo.

- Entonces no era yo – me dijo algo aliviada.
- Nunca somos nosotras – le respondí con ternura -. No te

preocupes por mí. Yo ya no estoy en la ecuación.

- Sí, me imagino – entonces me mostró el mensaje que jamás debía haber recibido

Siento que no te hayas quedado hoy y que no nos hayamos podido despedir como se merece.

Imagino que ya está. Te lo he visto en la cara. Te tengo que agradecer tu discreción. No sé que será de mi matrimonio pero de momento, voy a seguir con ella.

Si algún día te arrepientes, búscame.

Debajo había una respuesta escueta y directa:

Que te jodan mentiroso. Tú ya no tienes mujer. Cuando vuelva no quiero verte en mi casa. No vales nada.

Y así fue que acabamos consolándonos quienes debíamos habernos odiado.

La puerta de la habitación secreta se abrió y tras de ella apareció Noah, el guapo y joven azafato, el enamorado, el que suspiraba. Nos vio hablando y, como si de un fantasma se tratara, entró en silencio en su dormitorio. Estaba claro que algo se cocía.

- Me he pasado estos últimos años entendiendo qué cojones pasaba - quiso explicarse.
- No tienes nada que justificar – le contesté convencida de que era lo mínimo que se merecía ese miserable.
- ¿Y a ti te valía con esas migajas?- me preguntó.
- Supongo. Por un tiempo – agaché la mirada -, pero ya no. No quiero nada con él.
- Me alegro Sandra – y como aliviada de tanto peso, me abrazó casi como agradeciendo haber sido el eslabón perdido de un puzzle incompleto.

Aquel día fue el primero de una verdadera amistad. Una forjada entre acertadas decisiones. Porque *Un día mil vidas* se queda demasiado corto para expresar cuán diferente ve cada uno el mundo.

Pero eso ya es otra historia.